



I. La llegada

- Érase una vez una chica alemana que viajó a un pueblo extremeño.
—¿Y qué pasó?
—Jamón ibérico comió
 hasta que explotó.
—¿En serio?
—Pues no, ¡hombre!
—¿Entonces?
—Se aburría tanto allí que empezó a contar bellotas.
—No cuentes bobadas, ¡ya está bien!
—Vale. Y para que no te mosquees, te cuento lo que realmente pasó en este pueblo. Pero te advierto: no va a acabar con «Y vivieron felices y comieron perdices».
—No me tomes el pelo. Ya no soy un niño.
—Ya lo sé. Sólo quería...ah, da igual. Empiezo.

Me llamo Anita y soy alemana, alemana de toda la vida aunque sí he corrido mucho mundo, o, mejor dicho, justo por eso he viajado mucho. No es un secreto que nosotros los alemanes somos un pueblo de viajeros. Los españoles... no lo son, así de fácil. Será porque tienen de todo: mares y montañas, aldeas y metrópolis. No necesitan salir del país. *No sienten la necesidad* de cruzar fronteras. Además, detrás de la frontera se hablan otros idiomas, un hecho que intimida a muchos españoles. Sin embargo, no puedo decir cuál manera de vivir es mejor: unos van conociendo diferentes culturas pero siempre se sienten impelidos por curiosidad e inquietud; otros ven menos pero están más satisfechos y ostentan fuertes vínculos con su hogar. Pero como he dicho, no estoy aquí – no tengo ningún derecho – para juzgar sobre esto. Solamente estoy aquí para contar de mis vivencias en un pueblo de Extremadura. Aquí van...

Desde la costa de Vizcaya hasta las llanuras de Badajoz es un largo viaje. Es un camino de colores: de un verde alimentado por la lluvia a un amarillo blanqueado por el sol. Éste estaba en el cenit cuando llegamos finalmente al pueblo. Por eso, no había nadie en la calle – quizás había un perro vagando de sombra a sombra pero no me acuerdo bien, o digamos: sé que había un perro pero no me acuerdo si lo vi el primer día, porque allí los días parecen repetirse. Salimos del coche y, sin aviso, nos atacó el calor, seco y sin piedad. Hay que saber que el sol de Extremadura es bastante huraño, no tolera la presencia de gente en su momento álgido. Nuestra única defensa era correr al interior de la casa donde milagrosamente hacía un aire fresquito y agradable. No es tan milagroso si uno sabe que en el sur tienen un método antiguo que ha probado su eficacia para mantener el calor fuera de la casa: en primavera cierran los postigos de todas las ventanas y no vuelven a abrirlos hasta otoño; además, pintan su casa con cal.



La casa en que íbamos a pasar el verano era de la familia del padre de mi novio. Era extremeño de pies a cabeza. Ya llevaba más de treinta años en el País Vasco, pero seguía añorando su tierra, sus olivos, su gente; y no había dejado su dialecto extremeño. Era un hombre bajito y lleno de energía, que formulaba sus opiniones y deseos con vehemencia pero tras labios cerrados lo cual causaba a menudo juegos de adivinanza entre todos – ¡menos mal que yo no era la única que no le entendía!

La casa era de dos plantas: abajo estaban la cocina, el comedor, la sala y dos dormitorios; arriba había dos dormitorios adicionales y una gran terraza. Además, en el patio había una pequeña piscina. Aunque ésta era lo más útil de la casa, a mí lo que más me encantaba era un rincón umbroso al lado del patio donde había bancos de piedra en las cuatro paredes. Los bancos y parte de la pared estaban decorados con azulejos andaluces. Era precioso y daba el toque sureño a la casa que yo me había imaginado. Este rincón era el punto de encuentro no sólo para los miembros de la familia sino también para los vecinos y otros conocidos del pueblo. Todos parecían pasar por el patio de forma casual, como si fuera el nudo de comunicaciones del pueblo, donde uno, una vez llegado aquí, igual se podría quedar un rato. Una mujer con bastón, por ejemplo, parecía aprovechar la sombra del banco para descansar en su ruta por el pueblo.

En estas ocasiones se charlaba sobre cosechas, familiares que habían migrado a la ciudad, sobre bodas y bautizos. ¡Que maravilloso era!

Después de examinar la casa, decidí dar un paseo por el pueblo. Quería conocer el lugar donde habíamos llegado – soy alemana, qué le vamos a hacer. Además, las siestas no me sientan bien. Mientras que los otros se levantan refrescados después de una siesta de tres cuartos de hora, mi cuerpo me castiga por haberlo engañado. Por eso, salí de la casa aunque la familia me había recomendado que no lo hiciera – normalmente seguía sus *consejos* (no siempre eran solamente consejos) para integrarme lo máximo posible, evitar incomprensión, y para no ser *la alemana cabezona*. Pero aquel día, el sol ya parecía haberme tostado el cerebro.

Aún no me había dado cuenta de que había cometido un error tremendo en pasear por el pueblo. Tras ello, el primer día ya conseguí el apodo de «la estrangi»: En mi *excursión* por el pueblo no había cruzado con nadie, pero la mismísima tarde todo el pueblo ya sabía de mi pecado a la hora de la siesta. A partir de este momento, la *estrangi* lo tenía difícil...

Continuará...

más sobre la estrangi y el pueblo extremeño en el próximo boletín electrónico



Vocabulario

aburrirse — sich langweilen
bellota, f. — Eichel
bobada, f. — Blödsinn, Unfug
mosquearse — einschnappen, beleidigt sein
tomar el pelo — sich lustig machen, aufziehen
correr mucho mundo — viel in der Welt herumkommen
impeler — stoßen; antreiben, anspornen
ostentar — vorweisen
vivencia, f. — Erlebnis
sin piedad — gnadenlos
huraño — mürrisch, eigenbrötlerisch, ungesellig
momento álgido — Höhepunkt
probar su eficacia — sich bewähren
postigo, m. — Fensterladen
cal, f. — Kalk
de pies(!) a cabeza — von Kopf bis Fuß
añorar — vermissen, Heimweh haben
juego de adivinanza — Ratespiel
umbroso — schattig
azulejos, m.pl. — Fliesen
nudo de comunicaciones — Verkehrsknotenpunkt
bastón, m. — Stock
cosecha, f. — Ernte
cerebro, m. — Gehirn
apodo, m. — Spitzname
el/la estrangi — Fremde(r) (Spanglish für «extranjero/stranger»)
pecado, m. — Sünde



Actividades

Gramática y léxico

- a) En el diálogo al principio se encuentran varios verbos en forma de subjuntivo. Búscalos y explica la razón de su uso.
- b) ¿Conoces también un cuento? ¿Cómo se llama en español?
- c) Como en cualquier idioma, cada cuento empieza y termina con frases hechas. ¿Cómo son en español?

Comprensión del texto

- a) La narradora menciona algunas diferencias entre costumbres españolas y alemanas. ¡Nómbralas!
- b) En la historia se describe el paisaje y el clima de Extremadura. ¡Pon esta información en tus propias palabras!

Proyecto

- a) Los azulejos andaluces son un arte popular. Infórmate sobre ella en Internet y dibuja un azulejo a base de esta información.
- b) Invéntate tu propia historia. ¿Hay seres fantásticos, como hadas, duendes o faunos, en tu cuento? ¿O es más bien una historia realista?